

La Luz del Porvenir

Gracia 13 de

Agosto de 1891.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.
Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En Lérida, Cármel 26, 3. En Madrid, Ballesta 4, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 23, imprenta.

SUMARIO.—La verdadera nobleza.

LA VERDADERA NOBLEZA.

(Continuación.)

—¿Ha sido muy buena para V., verdad? preguntó Cándida con infantil curiosidad.

—No puede haber sido mejor. Yo no he conocido otra madre.

—Ni yo tampoco. Y aquí fué la niña quien lanzó hondo suspiro. Luego añadió: ¿Sabe V. que es mucha desgracia la nuestra?

La declaración turbó á Paco que dejando á su interlocutora con la palabra en la boca saludó y se fué. Con aquellas sencillas palabras, Cándida poníale una vez mas de manifiesto la simpatía que él involuntariamente le habia inspirado; él tambien sentia hácia ella algo que no se atrevia á calificar, pero midiendo la distancia que á ambos separaba, se guardó muy bien de fomentar las corrientes que entre los dos habian nacido. Era de los límpios de corazón y jamás entró en su mente pensamiento ruin: procuraba esquivar las ocasiones de hablar con la jóven aristócrata; hasta habia intentado irse por la acera de enfrente, pero ella lo acechaba, lo llamaba y temeroso él de que la vecindad se advirtiera volvió á tomar el mismo camino, pasando delante del palacio cuan rápidamente podia.

Al perder á Paco de vista, Cándida subió al comedor y estuvo atisbando la llegada de su padre para hablarle á solas; mas ya estaban las luces encendidas, ya estaba la condesa en su sillón presidencial, cuando entró Pablo; sirvióse inmediatamente la cena y nada pudo decirle la niña. Fuése tras él cuando iba á su cuarto para vestirse, mas la voz ágría de la condesa la hizo volver á mitad de camino. ¿Tiene V. que ver algo con el tocado de su padre? gritóle asperamente D.^a Pilar. Que enciendan luz en tu cuarto, quiero oír música religiosa, la que por desgracia vas olvidando demasiado.

Cándida sin replicar trasmitió la órden de la condesa y minutos después resonaban en el palacio los suaves acordes del ave Maria de Gounod. La niña gustaba de semejante armonía por mas que su abuela opinára lo contrario y aquella noche su alma entristecida, por la negrísima perspectiva del convento, lloraba, se quejaba y oraba fervorosamente á la madre de los débiles y de los desamparados, al Creador de todas las cosas, tuvieran piedad de ella que vivia muriendo y arrastraria todavía una vida mas mísera entre los altos paredones de un colegio reli-

gioso. Siempre tocaba Cándida muy bien porque era artista en toda la extensión de la palabra, pero nunca quizá como entonces había dominado el piano bajo la suave presión de sus dedos; las cuerdas interpretaban de admirable modo el estado de su espíritu que se identificaba con el espíritu de sus maestros: las negras teclas suspiraban mansamente; mas fuertes las blancas lanzaban suspiros que arrollaban el débil gemido de sus hermanas; acá vibraba una nota como presa de agudo dolor, allá contestaba otra con dulce resignación; unas lloraban en confuso tropel, desbordábase en ellas el sentimiento por exceso de amargura, y otras elevaban dulcísima plegaria pidiendo misericordia á quien todo lo puede. El Erard despedía ayes tris-tísimos, se entristecía, lloraba, oraba materialmente como alma que en su angustia inmediata se acerca á Dios.

Una vez vestido Pablo, atraído por tanta armonía, entró quedito en el cuarto, la condesa dormitaba; él se estuvo un rato escuchando y al despedirse abrazó á su hija diciéndole: tocas divinamente. Cándida le agradeció la frase con una mirada; acompañó á su padre hasta la puerta del cuarto y volvió á sentarse. Pablo por su parte se iba con pena. ¡Cuánto mas le hubiera gustado pasar la velada en la deliciosa estancia de su hija, arrullado por los acordes que tan admirablemente arrancaba al piano, que oír el Fausto por centésima vez y escuchar las majaderías de los zascandiles que le rodeaban! ¡Cosa rara! Pablo había nacido para la vida de familia y sin embargo en ella no desempeñaba mas cuartel que el de huesped, el carácter intratable de su suegra, lo alejaba de su centro y lo hacía girar en círculo donde se encontraba muy mal.

V.

Hasta las once estuvo Cándida en el piano; su abuela se había dormido enteramente y ella tocaba lo que bien le parecía. Por fin despertó D.^a Pilar y viendo lo avanzado de la hora, llamó á su doncella, despidióse secamente de la niña y se fué. Quedó sola la hija de Pablo y en lugar de acostarse cogió un libro para esperar á su padre; el sueño la vencía pero ella haciendo esfuerzos inauditos logró estar despierta cuando llegó el coche. Aguardó á que su padre estuviera acostado, pues el criado no le dejaba hasta última hora y cuando oyó que este se retiraba, con suaves pasitos se encaminó á la habitación de su padre, el cual no dormía de puro aburrido y fastidiado, ni pensaba en conciliar el sueño, sino en la soledad de su alma y fumaba indolentemente un cigarro. Sorprendióse al ver á su hija y preguntóle sobresaltado ¿qué hay?

—Nada papá, que tengo muchas ganas de hablarte á solas para decirte que no quiero que me encierren en las escolapias.

—No sé yo, pobre hija mia, si serias mas desgraciada allí que aquí.

—Sí papá, sí lo seria, porque temo mucho á las monjas, porque he leído cosas horribles de ellas. Tal jóven ha habido que ha entrado y no ha visto mas la luz del dia; son tan ambiciosas que nada les repugna para apoderarse de una fortuna, y como yo soy rica á lo mejor tambien me secuestrarían.

Pablo se rió de buena gana al considerar el terror de su hija. Eso, añadió, no sucede con las que se dedican á la enseñanza.

Cándida no hizo ninguna observación sobre esto y se limitó á añadir: Y además papá mio, estando aquí, aunque abuelita no me quiera, yo sé que tú me quieres y al verte dos ó tres ratitos al cabo del dia me consuela mucho.

A Pablo se le arrasaron los ojos; pasó el brazo alrededor del cuello de su hija que en una silla próxima estaba sentada y la besó con efusión; la conciencia le

remordió en aquellos momentos; ¿qué hacia él para merecer el cariño de tan angelical criatura?

—Verdad que me quieres mucho, papá mio, y no consentirás que me metan en las escolapias?

—Sí, hija mia, sí: mas de lo que te manifiesto. Y mientras tal decia, Pablo exclamaba para sus adentros, ¡por vida de mi debilidad de carácter! Y en voz alta añadió: Retírate y duerme tranquila; yo te prometo que no saldrás de casa.

Cándida abrazó á su padre muy alborozada y se marchó. Minutos despues dormia con todo el sosiego de una alma pura.

Un grito de la condesa, la despertó al dia siguiente. ¿Cómo se entiende, clamaba D.^a Pilar, con gárrula voz, estar aun entre sábanas cuando ya he oido tres misas? Sin duda habrá V. estado hasta la madrugada leyendo esos condenados libros que pierden su alma. En fin tú alcanzarás la perfección de la demagogia, pero yo te cortaré los vuelos, verás hasta donde te remontas cuando estés en el convento ¿Vaya, se levanta V.?

Cándida no oyó mas que la mitad de este sermón, pero lo comprendió por entero y empezó á vestirse. Al llegar al comedor oyó que su padre estaba en la habitacion de la condesa. Hablaban los dos muy récio; la niña pensó con razón que trataban de su asunto y se escurrió prudentemente. A nadie vió hasta la hora de comer, pero el duro ceño de su abuela y una significativa mirada de su padre le dieron á entender que el pleito estaba zanjado á satisfacció suya.

Por la noche bajó como de costumbre al jardin. Paco pasó muy de prisa haciendo que no la veia, mas ella á quien retozaba la alegria en el cuerpo, no parándose en pelillos, le gritó: ¿Sabe V. que estoy muy contenta?

—Me alegro mucho, señorita.

El no le preguntaba porqué; pero ella á renglon tirado añadió: Estoy contenta porque mi abuela me queria encerrar en las escolapias y ha dicho papá que no. Yo aborrezco á las monjas y quedándome aquí veo todos los dias á papá y á V., porque tambien me alegro mucho de verle á V.

El jóven se puso colorado hasta las orejas, el corazón le latió con inusitada violencia y no supo qué contestar.

—Paco, ¿está V. triste? preguntó Cándida al notar su silencio.

—¡Ay! sí... es decir no... en fin, páselo V. bien.

Quince dias se pasaron así: de madres escolapias no se hablaba mas. Cándida se contaba ya muy segura por ese lado, pero tenia un pesar. Paco ya no pasaba por allí. Como el amor tiene muy buenos ojos, la niña le veia, ó mejor dicho adivinaba que el jóven obrero llegaba hasta el chafflan mas próximo y en lugar de seguir derecho torcia por otra calle. Paco creia que siendo de noche bastábale esta precaucion para no ser visto, mas dicho está que se equivocaba. Cándida se entristeció con este proceder. ¡Qué pocos me quieren en este mundo, suspiraba amargamente! Y sin embargo una voz secreta la advertia de que su simpático amigo no podia haberla olvidado.

D.^a Pilar seguia oyendo muchas misas; apenas si se dignaba dirigir la palabra á su nieta; cuando no estaba fuera de casa, se encerraba en sus habitaciones y no se dejaba ver. Pablo continuaba la vida estúpida que la soberbia de su suegra y su apatía le habian impuesto y la pobre Cándida hallábase de cada vez mas sola y mas desgraciada.

Al cabo de este tiempo hubo de ir Pablo á un pueblecito vecino para orillar cierto asunto y no bien hubo vuelto la espalda cuando la condesa, dueña del cam-

po, llamó á su nieta y gozándose en atormentarla de antemano, le dijo estas palabras que resonaron en el alma de Cándida como una sentencia de muerte: Mañana entrará V. en las madres escolapias.

—Pero abuelita, se atrevió á objetar tímidamente la infeliz, ya sabe V. que esa no es la voluntad de papá.

—Es la mia y basta.

Cándida se echó á llorar y entónces su abuela prosiguió: ¿Cree V., señorita Luisa Michel, que no he visto sus coloquios con un indecente trabajador? ¿quá le dice á V. ese miserable, sin duda le regala muy bien los oídos puesto que con tanta complacencia lo escucha V.? ¡Bribon, canalla, atreverse á poner los ojos en la hija de cien abuelos! ¡Qué tiempos alcanzamos! Y yo que creí que por imitar en un todo y por todo á la virgen roja, tenia V. hecho voto de soltera; pero fíese V. de mosquitas muertas!

La sangre hirvió en el inocente y generoso pecho de la niña. No sentia los ultrages á ella dirigidos, estaba muy acostumbrada á ellos, pero calificar con tan bajos epítetos á un chico que solo vivia y trabajaba para cuidar á su abuela, le parecia por demás odioso, así es que replicó:

—Abuelita estás equivocada, ese jóven....

—Justo, defiéndalo V.; se conoce que ese pillo le ha enseñado bien la lección. Le digo á V. señora demagoga, que si no fuera por deshonar un nobilísimo título, la dejaría casarse con ese descamisado. ¡Qué excelente pareja harian ustedes! ¡Casarse con Paco! esto fué un rayo de luz para la niña: sus sentimientos hácia el honrado obrero no habian tomado nunca forma determinada, la condesa con sus imprudentes palabras acababa de moldearlas. Pues bien, sí; se casaria con Paco apesar de cuanta sangre azul corria por sus venas y no se dejaria encerrar en las escolapias.

La condesa continuó un buen rato diciendo pestes de ese tunante de pueblo que en el último tercio de este siglo pretendia medirse con las demás venerables clases. Cándida seguia llorando y no la escuchaba; otro era el curso de sus ideas. Se escaparia, iria á casa de Paco, no habia mas solución para evitar el secuestro que su abuela le preparaba. Pero ¿y su padre; qué diría? De fijo se iba á disgustar, mas ella le expondría tales razones que él le perdonaria la escapatoria y todo se arreglaria. A la larga filípica de la condesa, la niña no opuso palabra; esperó pacientemente la noche: sabia que su abuela la tenía por tan tímida y corta de génio que no la supondria capaz de cosa alguna para desobedecer. En efecto, después de pasar el rosario, Cándida se retiró sin que su abuela pensara en retenerla. Bajó al jardín; abrió una puertecilla con cautela y en cuanto vislumbró á Paco, salió, dejóle adelantar cierta distancia y empezó á seguirle. El jóven cruzó muy de prisa varias calles, á medida que andaba iba dejando tras sí, hermosos hoteles y soberbias casas, viviendas modestísimas ibanlos reemplazando; llegaron por fin á un barrio de pobre apariencia y Paco entró en un portalito y tras él Cándida. Ya era hora de que ambos se pusieran á cubierto, pues á las nubes y á la humedad reinantes todo el dia, sucedieron menudas gotas que calababan el cuerpo de los transeuntes. Subió el obrero cuatro pisos, abrió con llave la puerta de una habitación y no habia tenido todavía tiempo de encender luz y cerrar cuando á sus asombrados ojos se presentó la niña. Tal se quedó que no supo que decir; por su silencio coligió Cándida su sorpresa y le dijo:

—Me he escapado de casa porque papá no está y abuelita me quiere llevar al convento y yo no quiero que me encierren, lo que quiero es casarme con V. El asombro de Paco pasó á ser estupor y solo pudo murmurar: Señorita, por el amor de Dios, V. no sabe lo que se hace.

—¡Vaya si lo sé! como que he determinado no separarme nunca mas de V; si le quiero á V. mucho.

Paco creyó soñar; una nube pasó ante sus ojos; pero se repuso luego y con enérgica voz exclamó: Eso no puede ser, V. sueña, voy á acompañarla á su casa y haremos de modo que entre V. en ella sin que nadie lo advierta, tal vez aún no habrán notado su ausencia y todo quedará conforme.

—Ah! eso no; dijo Cándida sentándose; yo no vuelvo á casa hasta que regrese papá.

—¿Y cuánto tardará?

—Poco, tres ó cuatro días,

—¿Y en dónde va V. á estar todo este tiempo?

—Pues aquí.

—Usted se ha vuelto loca, señorita, V. no sabe lo que se hace, ni lo que se piensa, pero yo tendré juicio por los dos. Ea, ya estamos andando. Y uniendo la acción á la palabra Paco asió á la niña de un brazo; al propio tiempo el trueno retumbó en el espacio y un ruido como el de la caída de un cuerpo se oyó en la habitación. El jóven soltó á Cándida y penetró en un cuartito inmediato, la jóven lo siguió. En el suelo yacia una mujer que mas parecia monton de carne y de saciedad que ser humano. Paco la levantó con cuidado y la colocó en la cama asegurándose de que no se había hecho daño, por mas que su abogato semblante no revelara sentimiento alguno de pena. La anciana llevaba puesto un babador como las criaturas y lo tenía empapado por el líquido que continuamente destilaba de su boca; el pañuelo de la cabeza se le había ido con la caída y mostraba la infeliz una no luciente sino pringosa calva. Era aquello un espectáculo repugnante. La jóven aristócrata, no acostumbrada á semejantes miserias sintió algo así como náuseas, pero era buena y se dominó pronto: acudió á sostener á la inválida mientras Paco le arreglaba las almohadas y le ponía el pañuelo. Luego con un cariño que Cándida admiró, Paco lavó la cara á su abuela, quitóle el babador y le puso otro limpio. Concluidas éstas operaciones, se dirigió á Cándida y le dijo: Señorita, en nombre del cielo, es preciso que V. salga de esta casa; V. no sabe lo que pierde dando este paso; su padre, su abuela, la opinión pública han de afearle muchísimo su proceder.....

Un golpe dado con fuerza en el picaporte vino á interrumpir este discurso. Esto faltaba, murmuró Paco, y añadió: no salga V. de aquí, voy á abrir.

VI.

Abrió el obrero y una jóven hizo irrupción en la sala; entraba como un torbellino, riendo y metiendo mas ruido que un escuadron. ¡Buenas noches Paco! dijo á grandes voces, creí que la abuela se había caido, por eso he subido. Y sin esperar respuesta que confirmara su suposición, empezó á reir como una descosida y alborotando toda la casa continuó: ¡Si supieras lo que ha sucedido, ja,.. ja,... ja....! estamos todos muertos de risa, qué chasco, qué solemne chasco! ¡ah! ja... ja... ja....! Y la jóven se reía con toda su alma. Pues mira te lo voy á contar: ya sabes que un señorito hace el oso á la Antonieta, pero como dicen nuestros padres que nunca los señoritos andan con buen fin, la chica no le hacia caso, pero tanto y tanto le ha suplicado él que este mediodía se pusiese al balcon, que ella se lo ha prometido y entre las dos hemos pensado, pedirle el mono á la viuda del comandante y á la hora que el gomoso debia venir, hemos atado el animal á la barandilla. Cuando ha llegado y en lugar de Antonieta ha visto el mico se ha puesto furioso y ha di-

cho que eso era una falta de respeto á la clase y que iba á dar parte al juzgado. Los tenderos todos le hacian la burla sobre, todo el gordo del carbonero que creo que aún ha engordado mas con este paso; nosotras detrás de los visillos nos partíamos de risa; despues hemos tenido que volar para llegar á punto al trabajo, pero ¡ah! ja... ja... ja.... verdad que ha sido un buen chasco?

Cándida desde adentro admiraba el buen humor de la jóven: nunca ella se habia reido así. Si la hubiese visto, aun se habria admirado mas; la alegre trabajadora reia tanto que en la boca le cabia un melon, la cabeza le iba como una campana y con ambas manos se sujeta ba la cintura para atenuar algo las violentas contorsiones de su cuerpo. Al sosegarse un poco cayó en la cuenta de que Paco no le reia la gracia. La verdad es que el infeliz estaba frito con su intempestiva presencia. Notóle ella algo de extraño y dijo todo á la vez: Pero qué sério estas esta noche, qué te pasa? voy á ver á tu abuela.

—No, no entres, dijo Paco poniéndosele delante; está descansando.

—Pues es raro contestó la chica con la mayor buena fé, porque se pone muy pesada cuando hace este tiempo. Le he dado una taza de sopas en cuanto he venido del obrador. Voy á encenderte fuego.

No, muchas gracias.... ya.. ya lo he encendido... lo encenderé yo.... puedes ir á cuidar de tus cosas, Siseta, yo ya me arreglaré.

—Bueno, pues adios. Mira ya lo sabes, si se pone mala avisas, aunque esté diluviando lo mismo irá mi hermano por el mèdico. ¿Pero has visto qué chasco?

—Sí'en efecto. Sois todos muy buenos. Dios os lo pague añadió Paco con acento agradecido.

Fuèse la jóven cerrando la puerta tras sí con gran estrépito; se la oia brincar por la escalera como si bajára los peldaños de cuatro en cuatro y sus francas y alegres carcajadas resonaban por toda la casa.

—¡Qué molino es esa chica exclamó Cándida saliendo de su escondite. ¿Quién es?

—Una vecina á quien estoy muy agradecido.... pero vayámonos, señorita.

—¡Qué franqueza tienen ustedes los dos! prosiguió Cándida sin hacer caso de suplicaciones. ¿Por qué se tutean ustedes?

Paco perdia ya los estribos y estaba discurrendo de que medio se valdria para volver la jóven á su casa. Ella en vista de su silencio se acercó à él y cogiéndole la solapa de la chaqueta le preguntó con los ojos llenos de lágrimas: ¿La quieres mas que á mí?

El obrero nada contestó, estaba pensando como resolver el caso. Cándida, con visible angustia preguntó. ¿Es guapa esa chica?

—No, tranquilícese V., repuso él con una sombra de ironía; Siseta, apesar de llamarse Narcisa que es lo que su nombre quiere decir en castellano, no tiene nada del dios de su nombre.

Paco entretanto abrió el balcon. El relámpago cruzaba el espacio y los truenos se sucedian sin interrupción; no llovía, diluviaba; la calle estaba cubierta de agua de ancho en ancho. El jóven sorprendido bajó á la calle para cerciorarse mejor de lo que veia: el agua llegaba ya hasta el primer peldaño de la escalera, inundaba las tiendas y se colaba á los sótanos: la tormenta arreciada y el agua crecia; la calle parecia un rio y era que las hojas secas de los árboles y la broza natural del piso habian cegado los conductos por donde desaguaban las lluvias y estas no encontrando su ordinaria salida al caer del cielo, se paseaban triunfantes por la ciudad. El carbonero que horas antes se habia reido á calzon quitado con el asun-

to del mono, estaba ahora tan desesperado como antes alegre, porque el carbon se le anegaba: los vecinos lo socorrian sacándole el agua á cubos y apilándole la mercancía tan alto como podian. Paco puso enseguida manos á la obra y trabajó hasta las cuatro de la madrugada, á cuya hora estando los desperfectos algo reparados y acordándose de su abuela y de Cándida se retiró. La anciana dormía pacíficamente y á su lado en un cuartito contiguo, en el propio catre de Paco descansaba Cándida. Su precioso cutis, sus finísimas ropas, formaban notorio contraste con la tosca cama. Esto no obstante, parecia que todo alrededor se extendía una atmósfera de pureza, de inocencia y de candor. El cuerpo de la niña despedía aromas y armonías: hubiérase creído que ella habia inspirado aquellas bellísimas estrofas de Victor Hugo puestas en música por Gounod en su divina serenata. A la luz de la candileja, el honrado trabajador la contempló un momento y se retiró: estaba rendido por el trabajo, por las emociones y por la falta de cena, así que se dejó caer en una silla y durmió profundamente un par de horas, despues de lo cual bajó á la calle: el agua habia vuelto á hacer de las suyas, pero iba bajando y á las diez, con agua hasta la rodilla, se encaminó solo al palacio de Pablo, en el cual se habia armado el alboroto consiguiente á tan inesperado suceso como la fuga de la señorita.

VII.

En cuanto se notó la desaparición de Cándida, la condesa, viendo que el caso era grave, si bien de esta gravedad no le pasó por las mientes el acusarse, mandó á su yerno un propio á caballo. El aguacero no dejó regresar á Pablo hasta bien entrado el dia; venia desesperado, loco, cargando á su suegra toda la culpa de lo ocurrido y dispuesto á pedirle estrechísima cuenta de su hija. Por la cara que traía el desventurado padre, coligió la condesa estas cosas y muchas mas y así antes de que su yerno la emprendiera con ella, la emprendió ella con él diciéndole como primer guarde Dios:

—¡Valiente hija tienes! Es una Luisa Michel.

—Señora, no se trata de saber lo que es mi hija, sino de averiguar donde está.

—¿Y á mí qué me cuentas? Se habrá escapado con algun honrado socialista.

—Luego tiene V. algun indicio.

—Yo no tengo ninguno, contestó la condesa con aire despreciativo. Solo sé que todas las noches bajaba al jardin á hablar con un hombre de mala catadura, un pillo que regresaba de su trabajo.

Pablo creyó morir de angustia: la indignación y la rábida lo sofocaban; fué á replicar y la palabra se le quedó en la garganta; la luz huía de sus ojos, sintió un vértigo y se dejó caer en una silla para no rodar al suelo; la voz de la condesa que procurando disculparse acumulaba cargos contra Cándida lo volvió á la realidad de la vida y vió ante sí á aquellá odiosa mujer, causa de la fuga de su hija; con una de esas ojeadas retrospectivas que tan maravillosamente surgen del pensamiento, abarcó todo su pasado, sus catorce años de esclavitud, de vida estúpida y miserable; representósele su hija, perdida, deshonrada, muerta tal vez por los planes maquiavélicos de la perfecta discípula de Loyola, y ciego de ira, con los puños apretados por el corage, se abalanzó hácia su suegra y empezó á golpearla furiosamente. Ante tal exabrupto, la agredida creyó del caso desmayarse y se dejó caer en un sofá; pero Pablo que sabia á que atenerse respecto de aquella fingida pataleta, siguió descargando sobre aquel vaso sagrado de divina sangre azul,

puñadas y mas puñadas; su robusto brazo caía como una maza, sobre pecho, espaldas, cabeza; pegaba como un loco sin pararse por nada. Ante tal diluvio de porrazos, D.^a Pilar tuvo á bien echar á rodar su desvanecimiento, cual otra Martines su honestidad y como la criada de la venta empezó á defenderse y á pedir socorro; pero los criados ó temían la cólera de su amo, ó estaban satisfechos en dejar remojar á su dueña, porque ninguno acudió. Gritaba la desdichada con todas sus fuerzas unas veces clamando auxilio y otras llenando de improperios á su yerno, pero este seguía golpeándola como por máquina. No sé quien ha dicho que Dios nos libre de las energías de los débiles. Pablo que toda su vida fué manso cordero, estaba convertido en aquellos momentos en verdadera furia. En esto llegó Paco preguntando por él: los criados atónitos se miraron unos á otros sin contestar palabra; de adentro salían ayes lastimosos y ruido de golpes; el jóven obrero que siempre fué cortesano de la desgracia, en vista del silencio de la servidumbre se lanzó al lugar de la pelea; al ver á suegra y yerno enzarzados de tan mala manera y coligiendo la causa de tal armonía, se acercó á Pablo y le dijo: Por Dios caballero, serénese V., su hija Cándida está sana y salva.

Estas palabras produjeron un efecto mágico en el desesperado padre, y dió un empujón á su suegra, rebatiéndola contra una mesa de bronce. Esta vez la condesa cayó al suelo verdaderamente desmayada. Y puesto tan digno remate á tan justiciera obra, Pablo se volvió hácia Paco y dijo: Vamos á ver á mi hija.

—Señor, exclamó el trabajador. V. no puede salir de este modo, tiene la cara arañada, le falta medio bigote...

Pablo tocó un timbre: presentóse el criado.

—El coche inmediatamente y luego, añadió dirigiendo la vista á D.^a Pilar que yacía tendida en el suelo, recogerás eso.

Minutos después Pablo y Paco rodaban por las calles del ensanche y en breve estuvieron en presencia de Cándida, la cual al ver á su padre de tan mala manera se abrazó á él exclamando: ¡Papá de mi corazón! ¿qué tienes, estás herido?

—No hija mia, no es nada, replicó Pablo sentándose, dime porque te has ido de casa.

—Papá, no creí que te daría tal disgusto con ello, perdóname. Me he escapado de casa porque abuelita me iba á llevar á las escolapias.

—¡Infame! murmuró Pablo y añadió: pero quien ó que es lo que te ha inducido á venir aquí en lugar de recogerte en casa de cualquier familia amiga.

—Pues inducirme nadie. He venido aquí porque no tengo confianza en ningún amigo de abuelita y como me ha dicho en son de mofa que casados Paco y yo haríamos una excelente pareja, he caído en la cuenta de que efectivamente, si tú quieres, me podía casar con él, porque hace tiempo que lo quiero mucho.

El jóven se puso como una amapola y balbuceó: Señor, ruego á V. no crea que ni directa, ni indirectamente he contribuido lo mas mínimo á despertar esta idea. En cuanto á esta noche, la he pasado fuera y su hija puede casarse con cualquiera mas digno de ella que yo.

Habia tanta serenidad en el semblante de Cándida y estaba tan confuso Paco que Pablo se tranquilizó respecto de la suerte que habia corrido su hija y preguntóle: ¿De modo que te quieres casar con Paco?

—Sí papá, con tu aprobación, de abuelita ya sé que no la he de tener.

(Se continuará.)

MATILDE RAS